



ENTREVISTA
AL SR. MINISTRO

D. Miquel Iceta

“LOS PAÍSES CON UNA CULTURA MÁS ENRAIZADA, CON UN APOYO INSTITUCIONAL MÁS POTENTE, CON UNA COMPLICIDAD CIUDADANA MÁS ESTABLECIDA CON LA CULTURA, AFRONTAN MEJOR CUALQUIER SITUACIÓN”

La cultura es algo más que un terreno en disputa. Es un concepto poco menos que indefinible. Sabemos, gracias a los textos antiguos, que en algunas ocasiones se empleaba como el sinónimo del cuidado o del cultivo. Cicerón, por ejemplo, habló de la *cultura animi* para referirse al cuidado del alma. Algunos siglos antes, Platón había descrito la filosofía, precisamente, como una *therapeia*, esto es, como una terapia para el alma que pudiera ponerla a salvo de sus dolencias. Si recurrimos a la cultura es porque las cosas no son como deberían o, al menos, porque no son como nosotros las soñamos.

Siempre existió una relación de proximidad entre la cultura y el poder. La propia distinción entre alta y baja cultura nos recuerda que existen jerarquías que distinguen un abajo y un arriba de los productos culturales. Sabemos que lo expresó Marx, pero el propio John Stuart Mill dijo algo parecido: las ideas de la clase dominante, y por ende su cultura, son las ideas y la cultura dominante en cada época. La cultura es tan ambigua que puede ser un instrumento de dominación o un instrumento de emancipación. Petrarca es cultura y, aunque nos extrañe, también lo es la bomba atómica o Telepizza la pizza a domicilio.

En su dimensión política, la cultura se visibiliza en forma de métricas, datos y estadísticas. Nadie mejor que el Ministro Miquel Iceta para reflexionar en torno a la relación entre la cultura y el dato. Nos recibe con franca generosidad, habiendo puesto todo tipo de facilidades y abriéndonos las puertas de su despacho. Me alegra comprobar que no es tan distinto, salvo por el tamaño, del de un profesor de universidad. En su mesa hay libros en distintos idiomas. El Sr. Iceta es un conversador espontáneo. Conoce su oficio y sabe responder sobre esa línea en la que las respuestas conservan el valor, pero sortea siempre el riesgo. Podríamos haber hablado de muchas cosas, pero, en esta ocasión, tocaba hablar de cultura y estadística.

Una guerra en las fronteras de Europa, la inflación, hasta hace muy poco la pandemia, el desafío climático... ¿Son los tiempos de crisis especialmente idóneos para la producción cultural? Hay quien dice que la necesidad agudiza el ingenio.

Yo, como soy más bien optimista, siempre pienso que todos son buenos tiempos. Aunque es verdad que los momentos de dificultad quizá llaman a reflexionar porqué pasa lo que nos pasa y, también, a buscar cómo esquivar las dificultades que sobrevienen. Desde este punto de vista es bueno. Pero es verdad que hemos tenido un ejemplo muy reciente que todavía no se ha acabado, que es el de la pandemia, en el cual la cultura ha sido víctima clara de unas dificultades que han impedido que la gente vaya a los cines y a los teatros. Al mismo tiempo, ha habido elementos, digamos, más positivos. Estamos leyendo más que antes y probablemente sea verdad que los confinamientos han hecho que mucha gente haya encontrado en la cultura un cierto refugio. Creo que desde el punto de vista de la creación es un buen momento, aunque desde el punto de vista de la difusión y la participación, probablemente, hemos tenido dificultades que todavía no hemos superado del todo.

Para la mirada poco entrenada la cultura vendría a ser de letras y la estadística de ciencias. ¿Qué tal casa el ámbito de la cultura con las fuentes y la práctica estadística? ¿Hasta qué punto es imprescindible la estadística para una correcta gestión pública de la cultura?

Yo creo que casan bien, sin saber lo que está pasando difícilmente podemos mejorar. Y, por lo tanto, las estadísticas culturales nos dan mucha información sobre qué está pidiendo la gente, qué echa de menos y también sobre qué temas tendríamos que empujar más. Las estadísticas nos permiten defender mucho la cultura en lo que tiene de aportación al progreso económico del país. Aunque es verdad que no nos podemos quedar solo en eso. Hay beneficios que genera la cultura que no son cuantificables. La cultura aporta muchísimo y, por lo tanto, no me gusta hablar de gasto en cultura

sino, en todo caso, de inversión, porque yo creo que tiene mucho retorno económico pero también otro tipo de retorno.

Es verdad que, seguramente, los gestores culturales y los ministros de cultura tenemos que hacer un esfuerzo para que se valore lo suficiente. Y es cierto que las estadísticas culturales nos proporcionan elementos para defenderla, quizá, desde el punto de vista más economicista. Pero luego hay otros valores, otro enriquecimiento que no es contable, para ser quienes somos y para proyectarnos. Y desde ese punto de vista, los países con una cultura más enraizada, con un apoyo institucional más potente, con una complicidad ciudadana más establecida con la cultura, afrontan mejor cualquier situación que aquellos que no lo son tanto.

Las estadísticas nos permiten defender mucho la cultura en lo que tiene de aportación al progreso económico del país. Aunque es verdad que no nos podemos quedar sólo en eso. Hay beneficios que genera la cultura que no son cuantificables

Su propio Ministerio maneja fuentes propias. ¿Qué estadística cree que es prioritaria en su coordinación de las políticas públicas culturales y qué recurso le gustaría tener a mano pero echa en falta?

Creo que en los últimos años ha habido un avance muy importante del aparato y del instrumental estadístico. No sé si me atrevería a decir que falta algo. En todo caso, nos falta la capacidad de procesar toda esa información que nos llega y traducirla en acción o en orientación de fondo. Yo creo que es un estímulo y, desde esta perspectiva, creo que es muy bueno que haya unidades de estadísticas de rigor en la Administración. Pero también son buenos los estudios hechos por universidades o por

entidades externas, porque siempre existe el riesgo de que desde la Administración se tenga una mirada un poco complaciente y de vez en cuando conviene que alguien te haga notar cosas que pueden ser incómodas.

También es verdad que tenemos datos estadísticos anuales, pero no podemos cambiar cada año de política. El resultado de una política cultural requiere tiempo y en nuestro país, quizá en algunos terrenos, ha habido discontinuidades muy grandes, y yo creo que merece la pena hacer apuestas a largo plazo, como el Plan Nacional de Catedrales. A mí me gusta hacer cosas pensadas, no en función de un color político, sino a partir de una preocupación que puede ser compartida con independencia del punto de vista ideológico. Y para eso las estadísticas nos ayudan a objetivar.

En muchas ocasiones se discute si algo es o no cultura, pero quizá lo que tendríamos que definir antes es de qué hablamos cuando hablamos de cultura. ¿Qué es la cultura, señor ministro?

Cultura es todo lo que los seres humanos hacen con su mente y con sus manos, todo lo que hacen por transformar su realidad o la realidad colectiva. Creo que no hay que ponerse restricciones. Por ejemplo, un sistema jurídico o un sistema político son parte de nuestra cultura. Yo me acuerdo cuando discutíamos el bono cultural, por qué se pagan unas cosas y no otras. Hasta hay quien dice que la tauromaquia no es cultura y sabemos que, mientras lo digan las leyes, la discusión desde el punto de vista jurídico-legal está acabada. La gastronomía, la escultura y el diseño y la moda, todo eso es cultura. No sé si es porque los ministros adoptamos una visión cada vez más expansiva de las cosas, pero realmente cultura es todo aquello que nos hace como somos y que hacemos individual o colectivamente, que es fruto de la creación, pero que tiene un disfrute que vaya más allá del creador. Caben muchísimas cosas en la definición de cultura, lo que pasa es que es verdad que cuando se habla de políticas públicas tenemos, quizá, una concepción más tasada.

Incluso creo que, en una sociedad secularizada como la nuestra, la cultura tiene aún más valor porque de algún modo protege espiritualmente a la comunidad.

Y también es la manera que tenemos de fijar unos valores y de compartir unos valores. ¿Quién establece lo que está bien? Bueno, yo creo que las sociedades a través de la cultura fijan unos parámetros y en general es muy positivo que así sea y que sean seguidos. Seguramente la convivencia, la propia democracia, dependen en gran parte de que se compartan ese fondo de valores.

Pero la cultura puede ser, también, un lugar de disputa. Incluso de disputa legítima. Hay quien habla de guerras culturales...

Hay espacio para el disenso cultural y probablemente sin disenso no hay avance, es decir, sobre la base de un consenso monolítico, digamos, no se va a ningún sitio. Ahora bien, que la afirmación se produzca sólo por la negación de otro tampoco es bueno. Es, como todo, un problema de dosis. Creo que ha de haber cierta disputa para que la sociedad vaya evolucionando en ese terreno.

Corrijame si me equivoco, pero, de algún modo, todos los ministerios de cultura son herederos de la influencia de Malraux. La Francia de de Gaulle fue la primera gran potencia que elevó la cultura a política de Estado. No estoy seguro de que en España hayamos aprendido aquella lección, ¿o sí?

Creo que nos falta mucho. Por ejemplo, la muerte de Ricardo Bofill tuvo más repercusión en Francia que en España. Otro buen ejemplo francés fue la muerte de Jean-Paul Belmondo. Nosotros, quizá, tenemos una relación con nuestros creadores menos simbólica. Pese a todo, creo que va incrementándose.

El poder siempre ha querido utilizar la cultura. Ha habido reyes en la historia de España que hacían de la cultura un elemento central de su

de su prestigio, de su visibilidad, de su poder. El año que viene, si todo va bien, se estrenará el nuevo Museo de las Colecciones Reales, donde podrá comprobarse. La política democrática no puede hacer una utilización patrimonial de la cultura, pero no por ello se tiene que desentender. España acertó poniendo la cultura como telón de fondo de un encuentro internacional como la cumbre de la OTAN y yo creo que eso ha de seguir.

Es curioso, seguramente fuera de España se valora a veces más la cultura española que desde dentro de nuestro propio país. Durante una reunión de ministros de Cultura del G-20, España tenía fama de que durante la pandemia se había abierto más. De repente, la directora general de la UNESCO te felicita por el compromiso de España en la arqueología submarina. En nuestro país ahora sí que se va abriendo también la marca país. Teníamos el sol, teníamos la playa, teníamos los toros, teníamos el flamenco... elementos que son muy importantes pero a los que hay que sumar muchos más. Hay que hacer un esfuerzo por proyectar la cultura a lo grande. Ahora estamos trabajando junto a Francia en el cincuentenario de la muerte de Picasso y la verdad es que es una colaboración muy buena, pero en el fondo ahí hay una cierta disputa sobre de dónde es Picasso. También tuvo su momento coruñés. Las personas de La Coruña, al ver que

se hablaba de Málaga, de Madrid, de Barcelona o de París también lo reivindican. Y eso está muy bien, porque la reivindicación de lo propio es también lo que luego te permite ser más universal. Yo creo que hay lugar para la, como dirían los modernos, sinergia positiva.

Acabamos nuestros encuentros pidiendo a nuestros entrevistados un esfuerzo de imaginación. ¿Cómo ve la sociedad española dentro de 20 años? Denos un temor, una prioridad y un deseo para España.

Mira, el deseo creo que lo tengo claro. Quiero una España más feliz, más feliz consigo misma, más consciente de su potencia, con más habilidad y más inteligencia para sacarle partido. Como riesgo, creo que libramos una batalla contra el algoritmo. Llegará un momento que no sabremos si hacemos cosas porque nos gustan o porque alguien ha decidido que nos gusten y ha puesto mecanismos para que nos gusten. Y no me agradaría que fuera así. Quizá me he vuelto más patriota como ministro de Cultura y más convencido de la riqueza y el potencial de nuestro país. Creo que los españoles tenemos que querernos más, querer más lo nuestro y ser capaces de proyectarlo. ●

Diego S. Garrocho

